

tojó amenazante, recordando recién haber hecho fuego sin orden, cortado ante la autoridad, como no había temblado ante el peligro, y todo medroso, contestó al fin:

—Es verdad, señor, que yo disparé el último cañonazo; pero perdóneme usía que ya no lo volveré á hacer más.

Compensada fué dignamente hazaña tan poco infantil; pero, en el correr de los años, muchos cañonazos más tiró en nuestra guerra interminable el héroe de aquel día.

Sin duda, desmemoriado ya el valiente comandante de patricios don José Montes de Oca, pronto olvidara su promesa de niño.

Después de cien combates, á su muerte había alcanzado el mismo grado que hoy su digno hijo, el ilustrado coronel D. Alejandro Montes de Oca.

—¿Sabéis dónde y cuándo se disparará sobre tierra argentina el último cañonazo?

—Pues yo tampoco.



General D. Juan Martín Pueyrredón



PESCA DE ORO EN EL PLATA

I

En la madrugada del jueves 8 de diciembre de 1806, D. Mariano Escobar, vecino en la ribera Sur de esta ciudad, sacó en su red del Río de la Plata oro bastante para edificar casa á cada uno de sus hijos, de los que aún, muertos los primeros, quedaban veinte.

A milagro atribuyó el sucedido, no sólo él, sino todas las comadres de las circunvecindades de ese devoto del Luján. Milagro el de la pesca de oro; que el de la fecundidad de su *percundante*, coneja había por aquellos tiempos que acostumbraba doblar tal número en su prole.

Mientras que lectores más incrédulos investigan por qué *bagres*, dorados y pejerreyes del inmenso Plata no han vuelto á convertirse en oro, aunque no fuera de ley, daremos un paseito, si ustedes gustan, por esas callejas cortadas de *San Lorenzo* y *Luján*.

Y á propósito: se nos venía al magín, al cruzar la plaza de Los Andes, el recuerdo de Pepe-yendo, viajero incorregible, que llega hoy y se va mañana; en lo que se parece á Dios, porque en todas partes está.

Yo creo en los milagros: hasta hice algunos, y médium ó *intermédium* fuí en otros; recordaba la otra tarde, de sobremesa en la de uno de nuestros íntimos y en la hora del café, ese sabroso veneno lento, pero tan lento, según él mismo, que después de cincuenta años de beberlo con placer, apenas llega á causarle cierto malestar ó principio de intoxicación cuando se lo sirve su suegra.

—Pues no había más (continuaba) sino que al Creador de Cielo y Tie

rra, que echó á rodar tantos mundos, como este raquíto en que rodamos, se le hubiera gastado la máquina, no pudiendo hacer ya ni un milagrillo de morondanga en los tiempos que el brujo de la electricidad, casi, casi le enmienda la plana.

Sin hacer levantar los muertos (como á Lázaro), ni incomodarlos para nada, quietecitos en sus tumbas, les hace hablar tan mal como hablaban en vida, reconociéndoseles la misma voz, ideas y pensamientos y aun los mismos defectos de pronunciación.

Por lo demás, poco hace al caso la forma. Sea en pesca de oro, lluvia de plata, descubrimiento, mina, tapado, la gracia es estar en gracia, para recibir ó hacerse acreedor al milagro.

Y como comprobación de su acertijo, nos refirió la tradición que para creyentes é incrédulos repetimos.

II

Barrancas más altas que las de la Recoleta se extendían al Sur hacia las de Lezama, y hasta el año X distinguíase en una más saliente, coronando el valle que la corriente del *tercero* Sur formaba al caer en el río, una aislada construcción cilíndrica, como palomar abandonado, á los fondos de extensa quinta.

Cortados los álamos de la orilla, todavía asomaban por ella sauces, higueras y durazneros, sobresaliendo del interior de las huertas como manchas de diversos matices, tapizando el azulado horizonte. Silvestres enredaderas revestían aquella blanca ruina, ciñéndola verde cortinaje en flor. Y tan numerosa como ellas era la descendencia del pobre pescador que entre toscas y barrancas llegó á colgar allí su nido, en el que no menos de veinte cabecitas desgredadas pedían el pan nuestro de cada día.

Desgraciado hasta entonces en todos los negocios que emprendiera, sólo una devoción le quedaba, á la que se aferrara como á último faro de esperanza. Tenía fe ciega en la protección de la milagrosa Virgen de Luján, de cuyos pagos había venido allá por la Cañada de Escobar.

Todas las mañanas al acabar hincábase, y antes de salir á su trabajo diario, junto al ancho y único lecho en que dormían muchos hijitos, pedía con fervor á la Santa de su devoción le hiciera salir de pobre, que no le fuera á faltar el sustento para tantas boquititas queridas.

Recuerdos de esa su invariable devoción desde la infancia, no sólo era la ahumada imagen de Nuestra Señora del Luján, única herencia de su buena madre, perennemente suspendida á la cabecera de la cama, sino también las dos docenas de Lujancitos que sobre tan honrado tálamo vinieran

al mundo. Al nombre del santo del día en que naciera cada uno de sus hijos agregaba el de Luján, á punto que las vecinas más llamaban á Escobar por el sobrenombre de *ño Luján*, el de los Lujancitos.

Con viva fe confiaba todas sus empresas poniéndolas bajo el amparo de la Virgen, y lloviera ó tronara, en las tormentosas noches de tempestad sobre el Plata ó á la plácida luz de la hermosa luna llena reflejando en sus serenas aguas, tras el frugal puchero, infaltable era el rosario, todas las noches rezado con toda devoción bajo el techo pajizo del humilde rancho avanzado sobre las toscas en la bajada de la histórica ruina. A él hacían coro todos sus hijos, hasta el más chiquitín, gritando desde la batea suspendida como improvisada cuna aérea, asustado por las olas que mugían tan cerca.

Con la del alba, hora era en que iba á recoger la red echada hacia el Arroyo de las Canoas, en la tarde anterior, frente al Fuerte. Al regresar del mercado con su desportillada carreta de pescado (codeándose con donde hoy se hacen leyes: Congreso), volvía á sus *cangrejales*. Ya carpiendo su estrecha huerta en declive, componiendo las redes ó calafateando su canoa, en incesante trabajo todo el día, acompañado de su buena mujer y rodeado de sus hijitos en camisa, era feliz en aquel pedacito de paraíso, anublado sólo por el temor que llegara á faltar el pan para tantos seres queridos.

III

Y así transcurrieron los últimos años del pasado siglo y los primeros del que fenece, hasta que en su primer lustro, un día que cierta división inglesa vagaba sin rumbo por esos mares de Dios, tentó fortuna, ensayando probar si era *borchata* lo que corría por las venas de este pacífico vecindario.

Y aunque les salió el tiro por la culata, resultando cara la fiesta, fácil fué por de pronto, sorprender una ciudad sin soldados, abierta y de largas siestas, entrándose muy orondo en la hora que el virrey tomaba el chocolate, aplaudiendo desde su palco las figuras coreográficas de la primera mulata bailarina que subió á hacer piruetas en el Teatro Argentino.

Como en ocasiones avanzaba Escobar en su pesca más lejana hasta cerca de la Punta de los Quilmes, fué el primero que vino con el aviso de estar desembarcándose en aquella playa petos colorados, cual hormigas del mismo color, y á la señal desde su bote explorador se disparó el primer cañonazo de alarma de aquel mismo fuerte dentro del que el viejo virrey no creía en ingleses ni aparecidos.

No fué este su único servicio de descubierta ó explorador, que los pobres servir también saben como pobres, y en muchos casos con mayor eficacia que otros.

Al abandonar el virrey su alcázar, sin tirar otro cañonazo que el de alarma, de lo único de que se acordó fué de ordenar que le siguieran con los caudales que las Cajas Reales guardaban.

Algunos fueron á parar á las galerías subterráneas que conducían al gran aljibe ó depósito de agua, inmensa reserva para no rendirse por sed en caso de que la débil fortaleza fuera sitiada. De éstos, recordado su enterramiento medio siglo después, ni el inolvidable Dr. Casajemas, ni ingenieros y busca-tapados dieron con ellos. Parte de esos caudales fugaron campo afuera, sin faltar otros que fueran río abajo.

Con todos los hijos que tenían ya fuerza para tomar un fusil concurrió Escobar á expulsar los intrusos, poco después de su arribo.

Y era ésta su más laudable acción, pues que dos muertos y cuatro heridos de sus veinte vástagos no fué el único tributo con que ayudó á la expulsión de los invasores de su tierra en la primera victoria del pueblo de Buenos Aires.....

No hacemos la crónica de aquellas primeras glorias, limitándonos á recordar que cuarenta y cinco días después de la sorpresa salieron los soldados ingleses tan de prisa que parte del tesoro quedó escondido entre cardales, no habiendo llegado al Luján.

Descubierto por los ingleses, guiándoles un Judas que nunca falta cuando de tesoros se trata, empezaron su embarque, no para pasarlo como trofeo en las calles de Londres, que banderas y no talegas tuvieron que dejar como tales en ésta, sino para honra y provecho de los asaltantes. Tan de ligero embarcaban bolsas de columnarios á bordo de *Narciso* el 11 de agosto de 1806, y en tormentosa noche, como heridos y caudales por la puerta del Socorro, que sobresaltados por los que detrás venían, no tuvieron tiempo de recoger una talega de onzas peluconas que en el apuro cayó al agua.

IV

Cansado de tanto trabajo y penurias, lamentábase D. Mariano Escobar una hermosa mañana de primavera del año de los ingleses. Recordaba sus llorados hijos y cómo, aun siendo ese el día de la fiesta del Luján, su devoción desde niño, era aquel año el primero que ni tiempo le habían dejado sus quehaceres para ir á oír misa. Tenía su mujer postrada en cama, y desde bien temprano bregaba por recoger la red que, enredada sin

duda entre los *cangrejales*, no podía arrancar del fondo, frente al fuerte.

Cuando después de muchos esfuerzos consiguió levantarla desgarrada, cuál sería su sorpresa al ver que, si contenía pocos peces, pesca provechosa había hecho, pues en pequeño zurrón forrado de cuero, á talega parecida, cosa de poco bulto y mucho peso llevó su barca al rancho.

Reunidos todos los hijos, lo abrió delante en la cama de la madre, y doble fué su admiración al encontrarse con una talega de onzas.

—¡Milagro!—gritó la mujer desde su lecho.

—Hoy es el día de nuestra Madre y Señora de Luján—exclamó el pobre pescador de peluconas, cayendo de rodillas ante la imagen de su devoción.

—Para jugar á la rayuela, dame uno de esos tejos amarillos—gritó uno de los más chicuelos.

—Ese dinero no nos pertenece—observó la más grande.

Y entre tan encontradas opiniones, si era milagro, hallazgo, lluvia del cielo ó pesca legítima, mientras que se consultaba al cura, al teniente y al vecino más viejo, se amarró de nuevo el zurrón, y puesto bajo la almohada, sin contar su contenido, la febricitante cabeza de la pobre descansó aquella noche sobre un montón de oro.

V

La actual calle *Independencia* se llamaba hasta 1808 de la Concepción, por la iglesia de ese nombre á su confín, como la de *Ba. carce*, del Santo Cristo, por el que en su principal esquina colgaba. Así empezó á llamarse de *Luján* la bajada del Pescador, donde vivía el vecino ño *Luján*, dejando su apodo en aquella barranca el muy devoto á su Patrona, y no en la plaza donde con su pesca edificara.

Caso de conciencia asaltábale, y escrúpulos y encontrados sentimientos, por lo que antes de concluir el día subió el estrecho sendero culebreando cuesta arriba, y en el convento de Betlemitas buscó su confesor y guía espiritual, desembuchando sencillamente lo que le traía trastornado y en encontradas cavilaciones.

¿Pertenece ese dinero al rey, para quien se recolectara, ó al pueblo cuyo sudor era? ¿Debia diezmos y primicias á la Iglesia de Dios, ó adjudicarse por terceras partes entre quien lo encontró, el dueño de donde se hallara y la autoridad del lugar?

Larga fué la conferencia, más que rosario de quince misterios; y tras de rodeos y muchos dimes y diretes, exhortos y explicaciones, acabó por aconsejar el buen *barbón* que ofreciera limosna á la Virgen de Luján en el día de la fiesta que tan buena pesca había hecho; no olvidara á las benditas

ánimas del purgatorio en los *padres de la buena muerte*, cuya hermandad representaba el aconsejante; y ya que tanto había padecido en sus trabajos y miserias, rezado y pedido tanto á la del Luján por sus hijos, y tan bien cumpliera el objeto para que se matrimoniara, que al fin acreedor se había hecho á tan patente milagro, que se guardara la plata sin andarla voceando, por aquello de que:

«A quien Dios se la diere,
San Pedro se la bendiga.»

Así guardó el consejo y el hallazgo, y aun repartiendo limosnas y muchos pesos en misas, le quedaron bastantes al pobre, que ya no lo era, para hacer una casa á cada hijo, tal cual hasta hoy existen en el viejo caserío de la plaza del Temple, donde se templaron las primeras armas de la patria, como templado quedó el espíritu del pueblo en aquella primera victoria por sí mismo alcanzada.

Y éste que se arraigara como milagro manifiesto de la Virgen de Luján en el ánimo de su muy devoto, que la fuerza de doscientos bueyes no le hubiera arrancado de sus creencias, tuvo así la más sencilla y natural explicación.

VI

Ya hace muchos años desaparecieron las altas barrancas del Sur, la casita blanca del palomar en ruinas, el rancho del pescador de los Betlemitas, y hemos alcanzado milagros, no de un solo zurrón de onzas, que milagrillo para la exportación ó mezquindad sería en el siglo de oro, sino el de convertir en manzanas de oro las manzanas de aquella zona ó lotes de agua.

Toscas resbaladizas por el jabón de las negras lavanderas bordeaban toda esa ribera hasta la isleta de los juncas. La bajada al baño de los dominicos, la otra por la que los franciscanos iban el primer día de baños á bendecir el río, sin que por esto se ahogaran menos estudiantes de la Universidad tras de su convento, en la playa de las rabonas. El trabajo y la industria han transformado por el milagro de la ciencia todos esos parajes.

Sin haberse trasplantado el jardín de las Hespérides, por ahí, en el ancho de ese largo Puerto Madero más de uno ha pescado en agua turbia ó cenagosa, aunque no ha faltado químico que clasifique aquellos estanques de criadero de fiebres en conserva, pocilga ó estanques de miasmas malignos.

Agua, arena, estanque, barro, en sus metamorfosis ya se vende á peso de plata el metro de tierra en el antiguo solar de ño Luján. Siguiendo la

corriente progresiva, el inmigrante de la vispera que allí desembarca, llega en nuestras playas á ser el millonario del día siguiente. Bien puede profetizarse que antes de terminar el siglo en que Escobar pescara oro allí, los lotes de agua de entonces se habrán convertido en lotes de oro.

Pero si el referido fué ó no verdadero milagro, no nos arriesgamos en tan intrincadas honduras, que mucha agua y fuerza suele traer el Plata en sus crecientes por la furiosa *suestada* de Santa Rosa, como cuando anegaba esas verdes toscas resbaladizas. Tal vez el milagro consistió en llegar el socorro en el instante preciso.

Los más viejos soldados del regimiento 71, vencido en nuestras calles y vencedor en Waterloo, no nos supieron decir en Inglaterra si el sucedido tuvo por causa el frío ó desfallecimiento de marinero *en trinquis*, que en noche tormentosa dejó caer al agua una talega de onzas, ó en la casualidad de echar la red en ese mismo paraje el pescador que acostumbraba extenderla en sus alrededores.

Pero si algún lector creyere que este milagro lo es de nuestra invención, ocurrir puede á los folletines del *Comercio del Plata*, publicados por el decano de nuestros historiadores, que no tiene edad para mentir.....

